S I L V I O Z A V A L A

EL AMERICANISMO DE ALTAMIRA

Sobretiro de la
MEMORIA DE EL COLEGIO NACIONAL
Tomo V, Nº 4, Año de 1965

EDITORIAL DEL COLEGIO NACIONAL
Calle de Luis González Obregón núm. 23
MÉXICO 1, D. F. MCMLXVI

Para el Dr. Victoriano Acosta,
recuerdo amistoso de
S Zavala

EL AMERICANISMO DE ALTAMIRA*

Por *Silvio ZAVALA*

La muerte de Rafael Altamira acaecida en la ciudad de México el primero de junio de 1951, me impulsa a recoger en estas líneas las últimas impresiones que recibí de su persona y a recordar una vez más su mensaje americanista.

Dos veces visitó Altamira las tierras de Hispanoamérica. El primer viaje fue más extenso, juvenil y fértil. Un profesor español de 43 años bien preparado en filosofía, derecho, historia y literatura, siente la atracción del amplio mundo por el que se había extendido la civilización de su patria, y lo recorre a fin de poder penetrarse más íntimamente del carácter y de las obras del pueblo español. Esta acción sencilla deja en su formación un sello indeleble. Él predica a sus compatriotas que el conocimiento de la historia hispánica debe ganarse en España y también en América. Dedicará largos años de magisterio a comunicar esta lección a discípulos peninsulares, americanos y océanicos. Y recogerá en su literatura histórica los frutos de esa vasta experiencia.

Logra así iniciar un hispanoamericanismo de cultura, entendimiento y optimismo sobre un fondo histórico ensombrecido por las luchas del pasado y por los fracasos de los países hispánicos a uno y otro lado del Atlántico.

En Hispanoamérica queda el recuerdo de su palabra asociado a las posibilidades de armonía que las inteligencias y voluntades americanas no han dejado de cultivar por impulso propio.

* Segunda edición al cumplirse el centenario del nacimiento de Altamira el 10 de febrero de 1866. La primera edición se hizo en *Cuadernos Americanos*, vol. LIX, año X, núm. 5 (septiembre-octubre, 1951), pp. 35-49.

Y hasta en los Estados Unidos, que se asoman curiosos y quizás inquietos a esta prédica, merece el maestro comprensión y respeto, cuando aclara con firmeza e ingenuidad que en el cultivo de los valores comunes que él propone, no se encierra ningún espíritu de enemistad ni de exclusivismo que pudiera oponerse a la convivencia con otras zonas del mundo democrático y libre.

Esa acción se desarrolla a una década escasa de la guerra del 98 que arrebató a España sus últimas posesiones americanas. Era, por lo tanto, una misión desligada de los antiguos intereses imperiales. Y el mundo no había sufrido aún la herida tremenda de la Primera Guerra Mundial que movió a Altamira a colocarse abiertamente en favor de la causa aliada.

La campaña americanista de Altamira comprendía dos fases inseparables: la imagen de España que ofrece al americano, y la de América que propone al español.

Los españoles han manifestado sentimientos opuestos con respecto a su historia. Para unos representa la grandeza mayor a que ha podido elevarse este pueblo venido a menos. Para otros, influidos por la leyenda negra, significa la obscuridad de la que es preciso apartarse a fin de renovar la patria y hacerla ocupar un puesto digno en el concierto de las naciones civilizadas.

Como español y americanista, Altamira hubo de comenzar por crear una perspectiva histórica distinta de las corrientes. Afirmó que el pasado de España contenía, como el de otros pueblos, aciertos y errores. Incluyó la historia de la colonización de América como parte de este cuadro de conjunto. Y, sin abandonar su actitud republicana y liberal, se atrevió a descubrir en el pasado de España, visto por cierto como obra de todo el pueblo y no sólo de sus monarcas. muchos aspectos encomiables.

Sostuvo, para usar sus propias palabras, "la convicción de que algo grande y noble hubo en el pasado español y de que la raíz de esa grandeza está en cualidades hondas de nuestro espíritu que afloran y se expanden en momentos determinados de nuestra vida o encarnan en ciertos hombres o grupos de hombres de todos los tiempos". Pensaba que de ese convencimiento surgiría el entusiasmo y que el alma colectiva se sentiría dispuesta a realizar cosas de la vida moderna que antes le parecían inasequibles.

Sin embargo, para que esta función de la historia como fuente de optimismo se cumpliera de manera efectiva, Altamira aconsejó desde un

principio que no se forjara una imagen placentera y nacionalista de la historia de España, de espaldas a la realidad del pasado. Por lo contrario, luchó porque esa historia fuera conocida en sus contornos ciertos, y de este conocimiento veraz dedujo el optimismo que deseaba comunicar al alma colectiva de España para que abandonara la visión histórica negativa y falsa que aún la llenaba de amargura.

A fines del siglo XIX y principios del XX era frecuente oponer la España vieja a la España nueva que se anhelaba construir. Altamira vislumbró el peligro que encerraba este corte artificial de la vida del país, y acudió con su fuerza analítica y su penetración histórica a ofrecer esta solución: "No todo lo antiguo es *viejo,* y hay mucho *viejo* en lo moderno. Lo insensato es empeñarse en que siga viviendo lo *viejo,* en perpetuar errores que ya son vistos como tales por los hombres de hoy, en mantener formas viciosas o deficientes del vivir. Pero tan insensato como eso es rechazar todo lo pasado, confundiendo especies y creyendo que nada hay de útil en lo que una nación hizo antes de ahora. La España *vieja* no es la del siglo XVI, verbigracia, sino la que quisieran algunos españoles que hoy fuese, *en todo,* como en el siglo XVI. La España *nueva* es la que queriendo, cada día más, vivir las formas nuevas y el espíritu moderno, sabe que puede utilizar con provecho muchas de las creaciones de su actividad colectiva en tiempos pasados, y que *en eso,* la mayor fuerza consiste en no romper la tradición, que hace de un pueblo algo estable y con personalidad definida".

Estas sentencias parecían extrañas a una generación acostumbrada a tomar posiciones de acuerdo con la división tajante entre los partidos conservador y liberal.

Pero no cabía duda en cuanto a la intención y la obra de Altamira, porque con la palabra y el ejemplo se hallaba colocado de manera destacada entre los constructores de la España nueva.

Cuando al regreso de su viaje a América explicó a un público español los resultados de la jira, tuvo el cuidado de precisar que a sus oyentes americanos les había hablado "de la moderna España, de la nueva y trabajadora España, que desea cultura, que anhela trabajar y ponerse al nivel de los pueblos progresivos y europeos; y esa España era para muchas de aquellas gentes una España desconocida, una España velada por la leyenda, de la cual no tenían noticia ninguna, porque estaban acostumbrados a ver nuestro país a través de una representación permanente fanática, bajo una forma imaginativa y deprimente".

De suerte que al presentarse este español ante los pueblos americanos, podía mostrarles un pasado y un presente de España que nada tenían de común con la imagen que les era habitual.

Más aún, la manera sencilla y profunda de plantear ante ellos los problemas de la vida hispana, surtía otro efecto inesperado, porque insensiblemente descubrían hasta qué punto les concernía la exposición.

Si se trataba de aspectos modernos podían oír, por ejemplo, que los habitantes de la Península eran dados a emitir juicios totales y condenatorios como estos: "que todos los españoles somos incorregibles; que toda nuestra administración es una calamidad; que todos nuestros profesores, y sólo nuestros profesores, son unos ignorantes y defraudan al Estado en cuanto cobran un sueldo que no ganan; que todos los políticos, y sólo nuestros políticos, son unos tunantes, etc., etc." Expresiones que Altamira recogía tan sólo con el propósito de someterlas a su poderosa crítica, pero que de paso podían servir al hispanoamericano para advertir que, por lo menos, ya había dos partes del mundo tildadas como desastrosas: aquélla y la suya.

En lo tocante a la historia, el paralelo se imponía sin esfuerzo. En buena parte se trataba de un pasado común, aunque pudiera enfocarse desde la metrópoli o desde la antigua colonia. Reintegrar esa experiencia a España y acostumbrar al español a pensar que contenía valores contructivos y aun liberales, era invitar al hispanoamericano a participar en actitudes semejantes.

La España inquieta y profunda que Altamira enseñó con tanta naturalidad a los públicos de América y los temas que en sus charlas y escritos propuso como exponentes del espíritu moderno y secular a la vez de su pueblo, contribuían a desplazar la atención de lo aparente y secundario a lo que importaba y era preciso conocer.

A esos matices intensos de lo español, a ese drama tantas veces repetido e inconcluso como el nuestro, la atención del americano pudo asomarse sin temores coloniales ni desplantes pueriles.

La primera hazaña de Altamira como americanista consistió, por eso, en familiarizar a las gentes de América con la actitud casera de un español habituado a juzgarse a sí mismo.

Cuando la España del americano llegue a ser esa verdadera y honda realidad humana que sus mejores espíritus saben mostrarle, no podrá confundirla más con la amañada "colonia" de los textos escolares, ni con la fisonomía activa pero no siempre refinada del grupo de merca-

deres que, según dijo uno de nuestros insurgentes, no conocían más letras que las de cambio.

La segunda tarea, la de ofrecer al español una imagen de América, no fue en modo alguno más fácil.

Un mexicano que conoció a fondo la vida de España, Carlos Pereyra, escribía que el distanciamiento con América se debía principalmente a incultura de ambas partes, y que sólo por instinto tendíamos a unirnos. Explicaba que "América no será mera productora de exotismos para España cuando España cuente como vida propia, de realidad palpitante, los tres siglos de su acción creadora en el Nuevo Mundo". Le parecía que un falso método, ayudado por la pereza y sostenido sobre la base de una concepción lugareña, consideraba cuanto hizo España en América como una derivación episódica. Creía que era necesaria, en cambio, una visión de España no encerrada por mares, montañas y fronteras. En otros términos, pedía que se arrojara a la corriente de las ideas, para que circulara, "todo lo que fue movimiento expansivo de un pueblo que no cupo y no cabe dentro de su casa".

Nadie ignora la distancia política que separa a la concepción de Pereyra de la de Altamira, pero es interesante que, a pesar de esto y de la diversidad en cuanto al país de origen, el maestro español haya propuesto también, como base del programa americanista de España, el reconocimiento de que la experiencia de América en su etapa colonial forma parte inseparable e importante del conjunto de la historia y la civilización españolas.

Altamira funda y dirige en 1895 una publicación periódica, la llama *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas*. Es pues, la totalidad del mundo ibérico la que le interesa.

Al proyectarse el viaje a América, se incluyó en el programa patrocinado por la Universidad de Oviedo, el dar conferencias de "Historia de América y de sus grandes hombres", de "Historia de España", de los "Problemas morales y políticos de España y sus antiguos Virreinatos y Capitanías Generales en ese nuevo Continente", etc. Es claro que sólo un estudioso preparado a fondo en la historia peninsular y en la americana podía cumplir satisfactoriamente esa amplia misión. Es sabido que entre junio de 1909 y marzo de 1910, Altamira visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y los Estados Unidos; no pudo tocar otros países americanos, contra su deseo, debido a diversas circunstancias. Dio unas 300 conferencias, con tal éxito, que según documento de la época, "se hizo necesario, en Buenos Aires, el empleo de la fuerza

de policía para evitar las violencias de los que se empeñaban en entrar en el aula cuando ya no cabía más gente".

Al regresar a España, Altamira fundó el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, en el Centro de Estudios Históricos, habiendo funcionado entre 1911 y 1913.

Desde 1914 ocupó en la Universidad de Madrid su famosa cátedra de "Historia de las Instituciones políticas y civiles de América", común a los doctorados de Derecho y Filosofía y Letras. A ella asistió hasta su jubilación en el año 36.

En esta época de intensa labor universitaria, Altamira animó el americanismo por medio de la palabra y la acción. En ningún momento se ciñó a la historia y la cátedra, porque aspiraba a que el pueblo de España se diera cuenta de lo que, para su presente y su porvenir, significaba el problema americano.

No es posible reseñar aquí las publicaciones americanistas de Altamira. Quien se interese por ellas puede ocurrir al volumen de homenaje publicado en Madrid en 1936, o bien al apéndice que acompaña a la publicación del presente estudio.

Pero sí es conveniente observar que el programa propuesto por Altamira en 1917 comprendía una reorganización administrativa y del personal diplomático y consular, atención a los problemas de los emigrantes, cuestiones económicas y de comunicaciones, defensa del idioma e intercambio intelectual. A este último respecto, aconsejaba el envío de pensionados a todos los países de América, lamentando que la "Junta para Ampliación de Estudios" fuese reacia a conceder estas pensiones, acerca de las cuales decía: "no creo que, hoy por hoy, haya otras de más provecho para nuestra juventud". También señalaba entonces la importancia del Archivo de Indias como centro de atracción americanista.

En suma, desde el punto de vista histórico y presente, Altamira llegaba a la conclusión de que existía algo común entre españoles y americanos, y que "ese algo común constituye el primer deber de tutela, de vigilancia, de conservación, en todos los elementos que, procedentes del mismo tronco y con aquel sentido de unidad en los ideales primeros, desean el nacimiento de órganos de acción común y de colaboración en diversas direcciones de la vida, en forma que cada uno de los pueblos aporte, en la medida de sus fuerzas, los medios necesarios para acentuar, fortalecer y difundir el sentido característico de la civilización hispana".

No sería fiel este cuadro si omitiéramos un aspecto de la actuación de Altamira que confirma su idealismo y buena voluntad. Me refiero a su posición con respecto a los Estados Unidos.

Ha sido ésta la parte de América que le ha contado mayor número de veces como huésped. Durante el viaje de 1909 a 1910, visitó las regiones del Este y tomó parte en el 25o aniversario de la Asociación Histórica Americana. En 1912 asistió a la inauguración del Instituto Rice, en Houston, Texas, dando a conocer interesantes puntos de vista sobre la filosofía de la historia y de la civilización. En 1915 participó en el Congreso de Historia del Pacífico, celebrado en California. En 1929 volvió a Nueva York con motivo de la reunión del Instituto de Derecho Internacional. Y, por último, en septiembre de 1944, llegó a Filadelfia, rescatado de las calamidades de Europa e invitado por la Institución Carnegie.

Un viajero sin prejuicios como Altamira se hallaba en posición de reconocer las virtudes del pueblo norteamericano. Supo por propia experiencia cómo aprecia los valores europeos. Estudió la organización universitaria, celebrando el amor con que los ex alumnos apoyan la vida de su Alma Mater. El excelente servicio de las bibliotecas y archivos no podía pasar desapercibido a un investigador responsable.

Desde 1896 le habían atraído los libros de viajes norteamericanos referentes a España. Además, la historia de las regiones de origen hispánico que pasaron a formar parte del territorio de los Estados Unidos, constituían un motivo de interés para Altamira, como lo comprueban sus estudios sobre la participación de España en la historia del Océano Pacífico. En 1919 escribió acerca de España y los Estados Unidos. Por último, en el Archivo de Indias y en la cátedra madrileña contó siempre con amigos y discípulos norteamericanos.

Sin embargo, estas simpatías y vínculos no podían borrar por completo en el americanista hispano algunas impresiones derivadas no tanto de acontecimientos del pasado, incluyendo en éstos ya la guerra del 98, como de otros ocurridos en la época en que venía desarrollando su campaña de acercamiento entre España e Hispanoamérica. Es decir, los sucesos de Panamá y Nicaragua, las dificultades con México, la ocupación de Santo Domingo y Haití, sin alargar demasiado la lista. Frutos de la política latinoamericana del gobierno de los Estados Unidos durante las presidencias de Teodoro Roosevelt a Wilson, siendo de notar que Altamira mantuvo relaciones con ambos estadistas.

Esta trayectoria diplomática —creo que es el nombre técnico— planteó al americanismo de Altamira algunos problemas delicados.

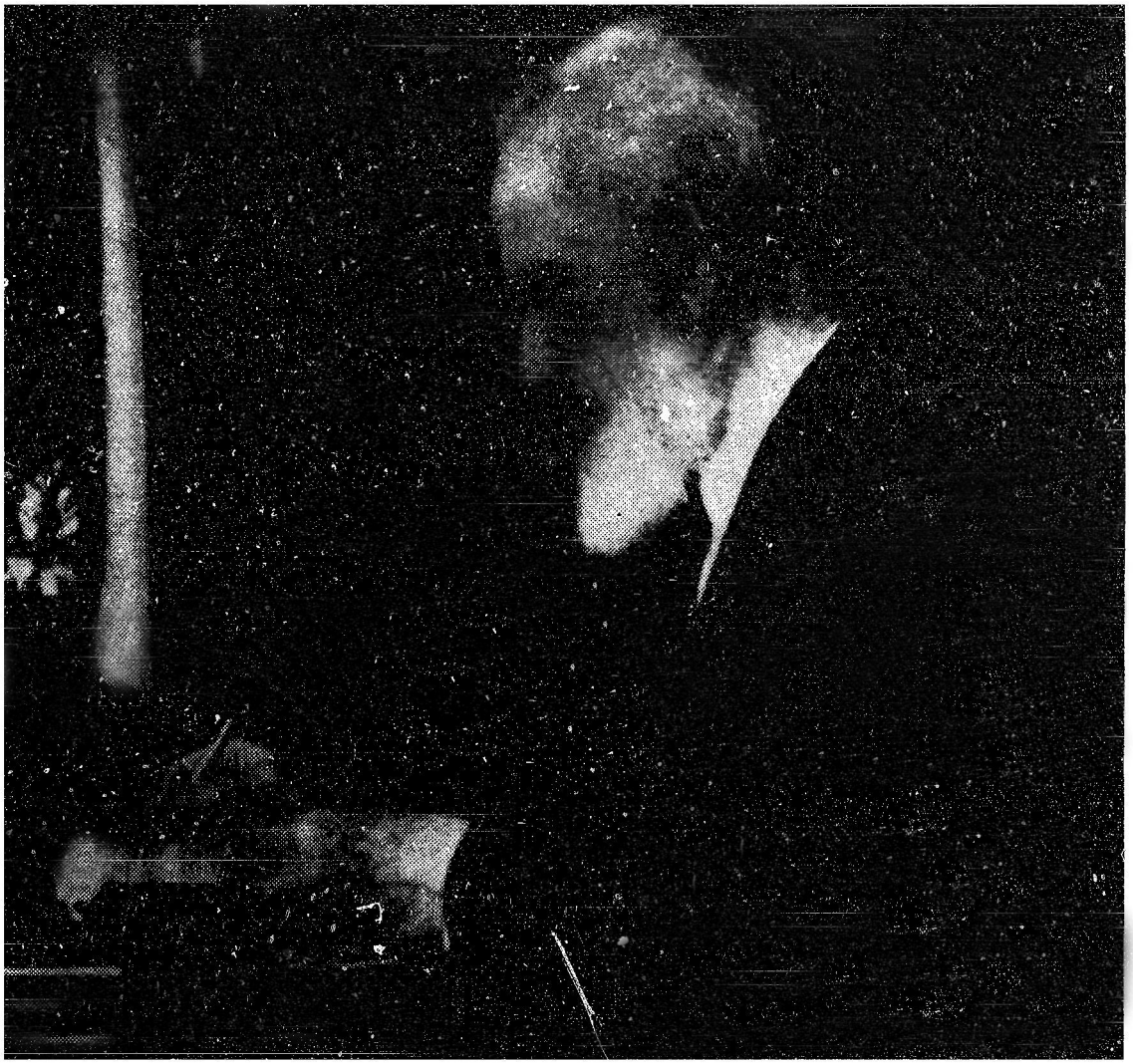
Era preciso contribuir en lo posible a que el garrote dejara de usarse con tanta soltura. Además, convenía que el encargado de blandirlo no mirara con suspicacia la tarea emprendida desde España.

En las oportunidades que se le presentaron, Altamira hizo ver, a los círculos y personas de buena intención en los Estados Unidos, cuánto dolía a la inteligencia y al sentimiento del pueblo español aquel orden de cosas. Por lo tanto, no es exagerado afirmar que en la esfera de la opinión pública responsable contribuyó a que se corrigieran los errores de aquellos años.

De esa época data un recuerdo personal del maestro que ya puede publicarse como perteneciente a la historia. El Presidente Woodrow Wilson, de los Estados Unidos, deseoso de borrar el sentimiento de enemistad que subsistía en España después de la guerra del 98, consultó a don Rafael cuál era, a su juicio, la línea de conducta que convenía adoptar a los Estados Unidos para que el antagonismo cediera. Y la respuesta no giró exclusivamente en torno de la Península, sino que abarcó a los países hispanoamericanos que eran objeto de esos desembarcos de marinos, ocupaciones y otros atropellos. Según Altamira, para que los Estados Unidos fueran vistos con mejores ojos en España, debían rectificar tal conducta y acordar a los pueblos de Hispanoamérica un trato justo y amistoso.

En cuanto a la defensa de su propio programa, él proclamó oportunamente desde el viaje de 1909: "nuestra obra americanista ha sido... de paz, de concordia y de amplio humanitarismo intelectual. Lo ha sido, naturalmente, respecto de las relaciones concretas con los pueblos hispanoamericanos: lo ha sido, y quiere serlo, también, en lo que nuestro propósito tiene de tangente con los de otros países de tronco distinto". Dirigía esta advertencia a los espíritus agresivos "que no conciben ninguna obra humana sino contra alguien", cuando existe "no sólo la posibilidad, sino la necesidad de muchas obras humanas que no van contra nadie, sino que quieren ser útiles a todos".

Así demostró Altamira que su americanismo amigable y de limpio propósito podía penetrar en cotos que parecían vedados. Guió la atención de los españoles e hispanoamericanos hacia las aportaciones valiosas y los hechos admirables en la historia y la cultura de los Estados Unidos. Al propio tiempo, ayudó a los norteamericanos a darse cuenta de que no debían impedir con la violencia que aquella buena voluntad



RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA

prosperara, pues no podían esperar que la víctima de un garrotazo reciente olvidara el garrote para ensalzar la virtud de quien lo empleaba.

Muy diferentes circunstancias de la historia contemporánea rodearon al segundo viaje hispanoamericano de Altamira. Él había sufrido los estragos de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial. Venía a reunirse con sus familiares en un pedazo de tierra de América que, por fortuna, no causaba reparo a su fina sensibilidad de liberal en exilio. Conservaba su profundo amor a España y lo unía sin dificultad alguna al amor a México. Estaba preparado espiritualmente para ello como pocos. El descubrimiento de América que la emigración forzosa impuso a tantos españoles, él ya lo había realizado en circunstancias más afortunadas.

Mientras permanecía en la desquiciada Europa, muchas gentes, de un extremo a otro de América, sintieron ansiedad por su suerte personal y por la de su obra.

Un autor norteamericano escribía en 1941: "Su España ideal apareció en escena en 1931, pero pereció en angustia a poco de su presentación. El movimiento pan-hispánico del que ha sido espíritu conductor cambió de tono y ensanchó agresivamente sus fines. Habiendo trabajado en favor de convenios internacionales de paz y proclamado la conciliación de los pueblos, vio su esfuerzo burlado cuando el mundo se precipitó de nuevo en la guerra".

Otro inquiría en 1941, "si el genial autor de estas palabras —todo esfuerzo honrado por conocer y comprender, es un paso seguro para la concordia y la paz— ahora, según los periódicos, refugiado y sin fondos en Bayona, puede pensar tan optimistamente en estos días de la ruina de muchos proyectos para el mejoramiento de la humanidad".

Es claro que ante tantas desgracias ningún espíritu sensible podía permanecer impasible. Recordando la emoción calurosa que fue compañera de su pensamiento en el ejercicio de su profesión docente, desde que se inició en ella en 1888, escribía Altamira en uno de sus últimos libros: "Vuelvo a ver, con los ojos del espíritu, el espectáculo amable de mi cátedra, con su ambiente de entusiasmo profesional, que nunca le faltó; y también me aparecen las imágenes de muchos de mis alumnos, los unos bastante felices para seguir trabajando serenamente en sus respectivas patrias; los otros —y no serán éstos quienes menos duren en mi visión— sacrificados por ilusiones menos seguras, de cierto, que el saber científico, o perdidos, hoy por hoy, quién sabe dónde, para mi afecto y para su vocación, tal vez para siempre".

Al llegar a México en noviembre de 1944, Altamira no albergaba odio ni decaimiento. Su incompatibilidad con ciertas ideas y hechos era firme e invariable; pero mantenía, como rasgo espiritual profundo del siglo pasado, la creencia acerca de que el mal es ignorancia. Ganar la luz y difundirla era lo que el mundo necesitaba para curarse de sus graves dolencias. De ahí esa fortaleza y ese optimismo que le acompañaron hasta el último momento.

Creía, además, en el trabajo. Las buenas causas no triunfan por sí solas. Su espíritu era activo, y ochenta y cinco años de vida le resultaron cortos para las obras que se había propuesto realizar. Fue esa la angustia de sus últimos días: ¡trabajar, trabajar, qué felicidad!, decía levantando las manos trémulas. Y la emoción de sus dos patrias, como habitualmente llamaba a España y México, se asociaba a esa pasión por el trabajo, que estaba destinado a servirlas.

Ya se ve que esta lúcida y vigorosa personalidad enraizada en el siglo XIX logró trascender los quebrantos de la dolorosa primera mitad de la centuria presente. El alma contemporánea expuesta al desaliento se veía como sobrepasada más bien que acompañada por este hombre que no desconocía el infortunio, pero lo salvaba mediante su energía y su esperanza.

Duramente luchó la muerte para vencerlo. De ese combate se elevan el recuerdo de su vida sencilla y digna y su obra colmada de paz, amistad y nobleza. El contraste con el ambiente coetáneo no ha hecho sino subrayar esos rasgos cuyo asiento acaso supo descubrir el propio Altamira una tarde en que decía con sonrisa infantil: ¡los españoles somos fuertes! Y esta vez era una fortaleza para el bien y la concordia, avocada a fructificar y a cumplir su obra.

Es cierto que han cambiado las condiciones generales del problema americanista, en relación con las que prevalecían durante los años de la campaña de Altamira. Pero no todas las ideas y los esfuerzos se han perdido.

La España anhelada por los mejores españoles de aquella época es aguardada aún —como suya— por espíritus abiertos de América. Y hasta quienes piensan de otro modo no creen que el destino de España sea algo alejado de nosotros e indiferente.

Nadie soñó en recibir tantos ni tan excelentes universitarios españoles en vez de aquellos pensionados que las autoridades dejaron de enviar. La España peregrina ha cumplido su misión de aprender y enseñar entre nosotros más allá de lo que pudo desearse hace años.

La destrucción innegable de una parte de lo que se había construido, no ha sido impedimento, por lo tanto, para el progreso de las ideas, los sentimientos y contactos que eran el objeto preferente de la prédica.

Un antiguo cronista de Sudamérica cuenta que ciertos colonizadores españoles del siglo XVI decidieron fundar una ciudad. Surgieron obstáculos de todo orden y el asiento hubo de ser movido tantas veces, que llegó a decirse que aquella población andaba sobre los hombros de sus fundadores.

Así podemos pensar del americanismo trazado por Altamira. Ahora carece de ministerios peninsulares, de barcos, escuelas y otras realidades. Pero marcha sobre los hombros de sus ciudadanos, y se guía aún por el espíritu de un hombre que, a fuerza de creer en la fase noble de nuestra historia, se convirtió en prueba convincente de su doctrina.

APÉNDICE DE BIBLIOGRAFÍA AMERICANISTA DE ALTAMIRA

Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas. Fundada y dirigida por Altamira, exclusivamente, a partir de diciembre de 1895 hasta 1898. Continuada, con la doble dirección de Altamira y don Antonio Elías de Molíns, de 1899 a 1910.

Libros de viajes norteamericanos referentes a España. Madrid, 1896. (*La Ilustración Española y Americana*).

Cuestiones hispanoamericanas. Un volumen. Madrid, 1900.

Literatura histórica americana. Madrid, 1904. (*Nuestro Tiempo,* año 1904, tomo I).

España en América. Un volumen. Valencia, s. a. (1908).

Organización práctica de las relaciones intelectuales entre España y América. Un folleto. Oviedo, 1910.

Extracto del discurso en que dio cuenta a la Academia de su viaje a América. Madrid, 1910. (En el tomo X de las *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*).

Historia de la independencia de la América española. Madrid, 1910. (*Almanaque Bailly-Baillière*).

Mi viaje a América. Un volumen. Madrid, 1911.

Algunos aspectos de la historia colonial española. Londres, 1913. (Congreso Internacional de Ciencias Históricas).

Cuestiones de historia política y social americana. Un folleto. Madrid, 1914.

The Share of Spain in the History of the Pacific Ocean. Un folleto. Nueva York, 1915.

Cultura hispanoamericana. (Dos conferencias). Un volumen. Madrid, 1915. (En el tomo de *Conferencias* del Centro de Cultura Hispanoamericana).

La intervención de Don Juan de Solórzano en la Recopilación de Indias. Washington, 1915. (Congreso Internacional de Americanistas).

Cuestiones internacionales. España, América y los Estados Unidos. Un folleto. Madrid, 1916.

Programa de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América. Un folleto. Madrid, 1917. Nueva Edición en 1925.

Novedades y rectificaciones en el estudio de la colonización española en América. Madrid, 1917. (*Discursos inaugurales* del Congreso de la "Asociación Española para el Progreso de las Ciencias". Sevilla, 1917).

España y el programa americanista. Un volumen. Madrid, s. a. (1917).

Programa de historia política contemporánea de América. Un folleto. Madrid, 1918.

España y los Estados Unidos. Barcelona, 1919. (Revista *Los Estados Unidos*).

Medios de difusión del libro español en América. Un folleto. Madrid, 1920. (Conferencia en la Federación Española de Productores, Comerciantes y Amigos del Libro).

La política de España en América. Un volumen. Valencia, 1921.

El punto de vista americano en la Sociedad de Naciones. Un folleto. Madrid, 1921. (Tirada aparte de la Unión Iberoamericana).

La huella de España en América. Un volumen. Madrid, 1924.

Resultados generales en el estado de la historia colonial americana. Criterio histórico resultante. La Haya, 1924. (Tirada aparte del XXI Congreso Internacional de Americanistas).

Programa de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América. (2a. edición). Un folleto. Madrid, 1925.

Las relaciones culturales y económicas entre Italia y España en lo referente a los países de América. Roma, 1926. (Rev. *Colombo*).

Colección de Textos para el estudio de la historia y de las instituciones de América. Tomos I a III. Madrid, "Editorial Arte y Ciencia", 1926. Volúmenes LVI a LVIII de *Obras Completas* de Altamira. (Hay una reimpresión por la "Compañía Iberoamericana de Publicaciones", en 1929).

Trece años de labor docente americanista. Un volumen. Madrid, s. a. 1927. (Publicaciones de la *Revista de las Españas,* núm. 5).

Cómo concibo yo la finalidad del hispanoamericanismo. Un folleto. Madrid, 1927. (Número XI de las "Conferencias dadas en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-español").

Interpretación histórica de dos hechos esenciales en la colonización española de América. Un folleto. Cádiz, 1927.

Últimos escritos americanistas. Un volumen. Madrid, 1929. (Volumen X de las *Obras completas*).

Colección de textos para el estudio de la historia y de las instituciones de América. Tomo IV, Primer Suplemento a la Colección de Constituciones. Méjico.Guatemala.Cuba.Haití.Perú. Madrid, 1929. (Volumen XII de las *Obras Completas. Serie americana). Programa de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América.* Con un apéndice de bibliografía para su estudio. 3a. edición. Un folleto. Madrid, 1932. (Volumen XIII de las *Obras Completas).*

Bibliographie d'Histoire Coloniale (1900-1930). Espagne. París, 1932.

La enseñanza de las instituciones de América en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid. Un volumen. Madrid, 1933. (Publicaciones de la Facultad).

Idea de una política actual hispanoamericana. Un folleto. Madrid, 1934. (Discurso de apertura del XIV Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Santiago de Compostela, 1934. Reproducido en el volumen de *Discursos inaugurales* del referido Congreso. Madrid, 1935).

Las ediciones españolas y su difusión en América. Buenos Aires, 1935. *(La Nación).*

Asociación española de Amigos de la Arqueología Americana. Breve historia de su constitución. Madrid, 1935. (Contiene dos discursos de Altamira sobre esta materia).

L'Enseignement des Institutions Politiques et Civiles d'Amérique dans la Faculté de Droit de l'Université de Madrid. Mémoire présentée au XXVI. Congrès Internationale d'Americanistes. Bordeaux, 1936.

Textos primitivos de legislación colonial española. Madrid, 1936. (No llegó a concluirse la edición ni a distribuirse).

La civilización española en los siglos XVI, XVII y XVIII. Tirada aparte de los tomos segundo y tercero de la "Historia de la Nación Argentina". Buenos Aires, 1937.

La décentralisation législative dans le régime colonial espagnol. (XVI-XVIII *siècles*). Extrait du Bulletin du Comité International des Sciences Historiques. Núm. 43. Abril, 1939.

Técnica de investigación en la historia del derecho indiano. México. José Porrúa e Hijos, 1939.

El primer proyecto de Recopilación de Indias hecho por D. Juan de Solórzano Pereyra. Bulletin Hispanique, Tomo XLII, No. 2, Abril-Junio, 1940, Burdeos.

Análisis de la Recopilación de las Leyes de Indias de 1680. Buenos Aires, 1941. (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Instituto de Historia del Derecho Argentino. Colección de Estudios para la Historia del Derecho Argentino, II).

Sociological Foundations of Spanish Colonial Law in America. Law Review, The University of Kansas City. Febrero, 1941.

Los cedularios como fuente histórica de la legislación indiana. México, 1945. (Tirada aparte de la Revista de Historia de América).

Autonomía y descentralización legislativa en el régimen colonial español. Legislación metropolitana y legislación propiamente indiana (Siglos XVI a XVIII). Coimbra Editorial, Limitada, 1945.

Penetración del Derecho Castellano en la Legislación Indiana. Revista de Historia de América, Nos. 23, 24 y 25. México, 1947 y 1948.

Manual de investigación de la Historia del Derecho Indiano. México, D. F., 1948.

La costumbre jurídica en la colonización española. Revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Nos. 31 a 40. Julio de 1946 a diciembre de 1948. México.

Los elementos de la civilización y del carácter españoles. Buenos Aires, 1950 (el Cap. III se titula "Determinación especial de las características correspondientes a la obra colonizadora española").

Contribuciones a la Historia Municipal de América. México, 1951.

Diccionario de términos jurídicos indianos. (En prensa. Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México).

Salvo los títulos posteriores a 1936, los demás se han tomado de la bibliografía general de Altamira que aparece en *Colección de Estudios Históricos, Jurídicos, Pedagógicos y Literarios.* (Monografías ofrecidas a don Rafael Altamira y Crevea con motivo de su jubilación de catedrático y del cumplimiento de sus 70 años de edad). Madrid, 1936.